

# La venganza de Wang

Hace mucho tiempo, en la antigua China, vivía un niño que se llamaba Wang. Ya desde pequeño comenzó a aprender Kung-Fu con su padre.

Pasaron los años y Wang se fue haciendo mayor... y siguió mejorando en el Kung-Fu.

Un día, un grupo contrario al emperador atacó la aldea en la que vivía Wang y su familia. Destruyeron la casa de Wang y mataron a sus padres... Antes, el padre de Wang derrotó a numerosos enemigos... pero, finalmente, cayó al verse superado en número. Wang fue testigo de ello... Dominado por la furia, luchó con todas sus fuerzas contra aquellos que estaban arrasando su aldea... Consiguió vencer a varios de los invasores... hasta que se enfrentó a uno de los jefes.

Wang luchó con las fuerzas que le quedaban... El combate se desarrollaba al borde de un precipicio... Consiguió asestarle varios golpes que le hicieron bastante daño... Pero era demasiado fuerte para el joven Wang que, tras cubrirse como pudo de una terrible patada, cayó al vacío al ceder el suelo del borde del precipicio... El contrincante de Wang lo dio por muerto. La aldea quedó completamente arrasada. Murieron todos sus habitantes. Todos menos Wang.

Había quedado muy herido al llegar al suelo... pero seguía vivo. Un anciano pasaba cerca de allí y le encontró. Le dijo que le llevaría a su casa para curarle. Lo que no le dijo era que su casa era un templo en el que se enseñaba Kung-Fu. Pasó el tiempo y Wang quedó restablecido de sus heridas. Durante el mismo había estado siguiendo con interés el entrenamiento de aquellos monjes que eran capaces de realizar lo que a él le parecían proezas... Pidió que le enseñaran. Y los monjes accedieron.

Pasaron los años y Wang ya era un monje como los demás. Lo que antes le parecían proezas ya las dominaba con soltura. Era más fuerte, más rápido, más ágil, más hábil... Pero llegó un día en el que el templo fue atacado por las mismas fuerzas invasoras que habían destruido la aldea de Wang... No muchos pudieron huir de aquel ataque, bajo las llamas que se extendían por el templo... Wang pudo llegar a un bosque... Volvía a estar solo. Maldecía a aquellos que le habían arrebatado una vez más su vida... Pero esta vez no iba a parar hasta que pagaran por ello...

Pasaron varias semanas y una revelación llegó a sus oídos: el responsable de la caída del templo fue ¡uno de los propios monjes! El nombre del traidor era Tung... Su obsesión en lo sucesivo fue encontrar a aquel maldito... Hasta que lo encontró. Wang estaba cegado por la ira. No consiguió alcanzar ni una sola vez a su rival. Este, en cambio, le alcanzó en todas las ocasiones. Tung pudo haberle matado... pero pensó que no merecía la pena dedicarle más tiempo a ese pobre estúpido... Wang regresó al bosque

que se había convertido en su casa. Estaba malherido. Pero su orgullo se encontraba en peores condiciones...

Después de varios días en los que casi no comió, no habló, no se movió... llegó a la conclusión que, si seguía vivo, debía volver a intentar vengar a los suyos... Les debía eso... Pero, aunque le daba rabia reconocerlo, no estaba preparado para enfrentarse a Tung. Aquello le enseñó que, pese a que él pensaba que tenía un nivel suficientemente alto para derrotar a cualquiera... estaba totalmente equivocado. Nunca se tiene demasiado nivel.

Pensó en el hecho de que ninguno de sus golpes lo habían alcanzado cuando se enfrentaron. Entonces observó a una mantis religiosa que combatía contra una cigarra. Le llamó la atención la manera en que la mantis la atacaba: con velocidad, precisión y, al mismo tiempo, fuerza. Durante un tiempo, Wang se dedicó a observar a todas las mantis que encontraba.

Él no era una mantis religiosa... pero podía extraer ideas de aquel ser. Debía idear movimientos con las manos y los brazos que fuesen rápidos y fuertes a la vez... Y para ello se dio cuenta de la importancia de utilizar la cintura; al moverla de forma adecuada el movimiento de las manos parecía ir solo... Llegó él mismo a sorprenderse por la velocidad que llegaba a alcanzar con sus técnicas de manos... y las sensaciones que iba teniendo... Pero aún no estaba preparado. Lo sabía.

Decidió que las patadas que conocía eran lo suficientemente efectivas. Pero debía practicarlas mucho más para alcanzar velocidades comparables a las de las manos... En realidad, comprendía la importancia de mantener el cuerpo en forma para ser capaz de ejecutar las técnicas correctamente y de forma efectiva. Pero aún le faltaba algo.

Un día, bañándose en el río, había dejado la mayor parte de sus ropas en una roca. Mientras estaba distraído pensando, desarrollando la parte teórica del estilo que se había dado cuenta que estaba creando, vio algo moverse muy rápido cerca del lugar donde tenía su ropa. Entonces, vio como un mono se las cogió y salió corriendo a toda velocidad. Wang lo siguió e intentó darle caza... pero, después de un buen rato, no pudo atraparlo. Finalmente, el mono le lanzó su ropa desde lo alto de un árbol... Wang sabía que aquello significaba algo. No podía quitarse de la cabeza que no había sido capaz de atrapar a un mono, a pesar de que él era un experto en artes marciales... Y al final lo comprendió: los desplazamientos. Eso era lo que le faltaba. ¿Cómo podía vencer a nadie, por muy efectivas que fuesen sus técnicas, si no era capaz de alcanzarle? Pero, una vez más, debía ser una manera de desplazarse rápida, ayudado una vez más de la cintura, el punto del que nacían los movimientos marciales.

Pasó un tiempo siguiendo (y persiguiendo) a los monos. Se fijaba en su manera de desplazarse y lo aplicó a su propio desplazamiento. Ahora su estilo ya estaba completo.

Un día, en un claro del bosque, realizó una secuencia de movimientos perteneciente al estilo que acababa de crear. Al terminar, sintió algo que no había sentido nunca antes, por lo menos con aquella intensidad... Sentía la energía fluir por todo su cuerpo... Una satisfacción... un calor especial... algo que le llenaba... Era

consciente de cada parte de su anatomía... como si todo estuviera unido de una forma nueva. Se sentía diferente... seguro y tranquilo...

Se sentía preparado. Wang volvió a salir en busca de Tung. Y lo encontró. Tung ya ni se acordaba de él. Accedió a combatir con cierto fastidio. No tenía tiempo que perder en tonterías... Pero, al mirarle, percibió algo que no sabía lo que era... Como algo que le rodeaba... Algo superior... Esta vez fue Tung el que atacó en primer lugar... Pero Wang detuvo el ataque y se lo devolvió enviándolo unos metros hacia atrás, haciendo que casi cayera al suelo.

Tung no sabía qué estaba pasando... Ahora ya serio, volvió a atacar... Y volvió a ser contrarrestado por Wang, enviándolo más lejos todavía. Tung estaba totalmente desconcertado...

-Tus... Tus manos... No veo tus manos... ¿Qué estilo de Kung-Fu es ese...?  
-El estilo de la Mantis Religiosa.

Ahora fue Wang el que atacó. Llegó a una velocidad asombrosa a la posición de Tung, que no se lo esperaba, y comenzó a atacarle con una velocidad casi inhumana... Tung pudo comprobar la velocidad, fuerza... y violencia de aquel estilo de Kung-Fu... Con un golpe certero, Wang derrotó a Tung... el cual murió en el acto. Wang fue al templo a decirles que había derrotado a Tung. Uno de los monjes fue a comprobarlo y vio que era cierto. Le ofrecieron a Wang seguir en el templo... pero ahora como maestro del estilo que había creado. Wang lo rechazó. Era consciente de que todavía debía perfeccionarlo mucho más. Y, además, quería viajar para transmitir su conocimiento a otros, extendiendo su estilo lo máximo posible... Quizá así, algún día, podría acabar con aquellos que mataron a sus padres y destruyeron su hogar... Pasaron los años y nunca más se supo de Wang...

Adaptación de la historia basada en la leyenda de Wang Lang descrita en el primer libro de Pachi Tanglang Chuen. Por J.M.R

